AÑO XXI. — Nº 1004.

EL DIA

MONTEVIDEO, ABRIL 13 DE 1952.



TIERRA DE PALMERAS.

(Fotografía de Jorge Chebataroff).

Camino abierto a través de un palmar, próximo al arroyo Zanja Honda, en el Departamento de Paysandú, región poblada de esbeltas palmas residuales de la especie llamada yatay, que rompen la monotonía del paisaje.



Girasoles llamados de segunda que se han desarrollado una vez levantada la cosecha de trigo.



En pleno campo de pastoreo existen renuevos y palmeras pequeñas, alternando con ejemplares de más edad.

GIRASOLES EN TIERRA DE PALMERAS YATAY

LA superficie de nuestro planeta se va transformando rápidamente como consecuencia de la constante acción humana. Vastas regiones del globo han sufrido cambios sensibles en su aspecto primitivo, hasta el punto que es difícil reconocer las antiguas características del paisaje. Las faunas y las floras han sido perturbadas seriamente, disminuyendo el número de algunas especies y aumentando el número de otras. Adonde va el hombre, lo acompaña la multitud de plantas y de animales que forman con él una verdadera asociación, y prosperan allí donde por la acción humana los vegetales indígenas o los animales autóctonos han sido eliminados o han sido raleados en alguna forma. Muchas plantas han aprovechado los caminos o los campos de cultivo para propagarse; involuntariamente muchas especies faunísticas han sido transportadas a varios miles de kilómetros de su patria de origen; mosquitos propagadores de enfermedades han cruzado el Atlántico en avión; con las semillas de trigo, de lino y otras han sido traídas a América numerosas plagas de la agricultura europea.

Pasó ya la etapa histórica en que el hombre vivió sometido al influjo directo de los factores naturales; pero la reacción humana alcanza en tiempos modernos una intensidad peligrosa, que conspira seria-



Campos muy pastoreados, arenosos y húmedos, poblados por palmas yatay (Quebracho).



Los palmares se desarrollan sobre suelo arenoso, con vegetación baja de pasto colorado o cola de zorro (Andropogon condensatus) y diversas hierbas psamófilas.



Girasoles casi maduros en campos próximos al arroyo Zanja Honda.



Atardecer entre los palmares de Quebracho.

mente contra la estabilidad de la naturaleza, y atenta en forma indirecta contra su propia supervivencia sobre la faz de la Tierra. Su labor rutinaria y desordenada ha provocado la reducción de las masas boscosas que influyen en diversas formas sobre los factores ambientales; ha hecho incrementar las inundaciones y las tormentas de polvo y ha agudizado los efectos de la sequía y la marcha de los desiertos. Ha destruído el equilibrio ecológico de las faunas favoreciendo la difusión de especies nocivas en detrimento de las útiles. Pero esta etapa de depredación también está tocando a su término, y sólo sigue siendo propia de los pueblos poco previsores y de bajo nivel cultural.

En los pueblos altamente civilizados, el problema relativo al equilibrio ecológico o el de la conservación de los recursos renovables, tiene tanta significación y merece la atención de los poderes públicos y de la gente del pueblo, como el de asegurar la alimentación o las diversiones. Aunque el hombre jamás podrá librarse del influjo de los factores naturales, desde que es habitante de la Tierra y en razón de su propia biología, ha aprendido a controlar tales factores, aprendiendo a mantener un equilibrio ecológico lo más perfecto posible en relación a las diversas influencias del medio ambiente. Ya no piensa asegurar su permanencia sobre la faz del planeta matando, destruyendo, incendiando. Los componentes de las faunas y de las floras son para él criaturas que tienen también derecho a habitar este mundo, en el cual le precedieron, dándole el alimento, el vestido, los materiales para fabricar sus viviendas, sus embarcaciones. Para llegar a ser el rey de la creación, y tal vez sólo en estos tiempos de comprensión tendrá derecho a la corona, tuvo que apoyarse sobre los recursos que las faunas y floras le proporcionaron y de quienes obtuvo los animales domésticos y las plantas cultivadas. Porque tan salvajes como el león, o el lobo, o el ciervo o el águila, fueron en otras épocas el perro, el buey, el carnero o el caballo, y sin embargo de la fauna salvaje, con constancia y sabiduría se obtuvieron los sumisos y útiles animales domésticos. Pensemos en las especies que el hombre extinguió o amenaza extinguir con su acción ciega, y nos sentiremos culpables de enviar al abismo del pasado a criaturas cuya significación en la naturaleza nunca supimos valorar.

Si los uruguayos comprendiéramos que la patria es un hogar muy grande que no se limita a la casa que habitamos ni al pueblo en que vivimos, sino que abarca las pasturas, los bosques, los ríos, el suelo cultivable, las serranías, las playas y todos los elementos del paisaje y las riquezas que se ocultan dentro de la tierra, y si cuidáramos estos elementos como cuidamos los objetos de nuestra casa, entonces entraríamos en el grupo de los pueblos cultos, donde los problemas concernientes al equilibrio ecológico y la conservación de los recursos renovables tienen tanta significación como los relativos a la alimentación, la vivienda, la calefacción y otros. Una doctrina de conservación no debe ser solamente soportada por el Estado o por los centros científicos: debe llegar profundamente al pueblo, a todo el pueblo, sin imposiciones, como doctrina de hombres libres y conscientes de su deber para con la patria y la humanidad.

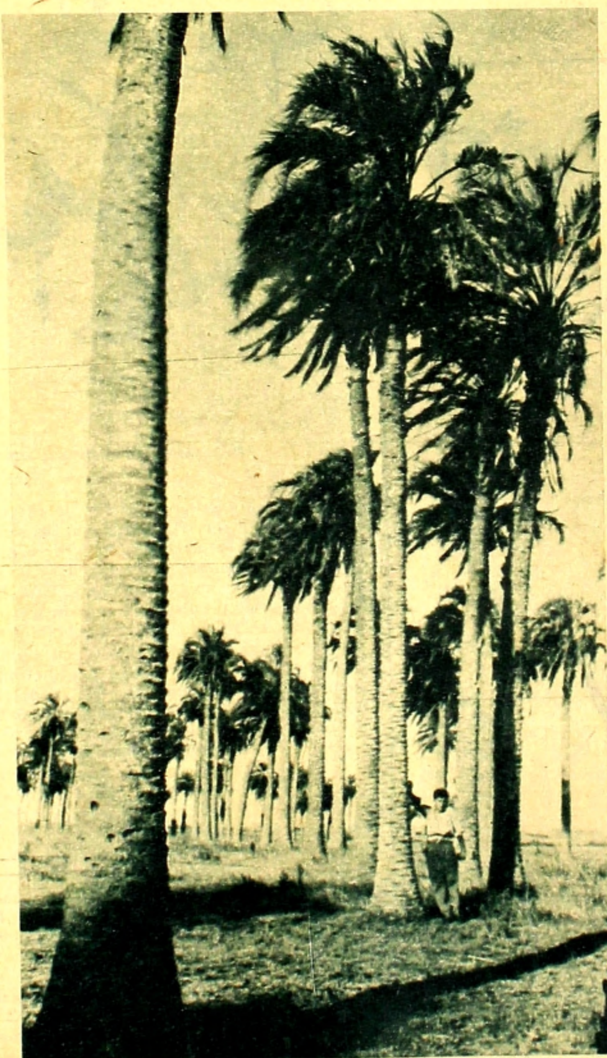
No pensemos sólo en conservar o en respetar los elementos que concurren en forma directa a asegurar la producción. La naturaleza debe ser respetada en forma integral, ya que no siempre estamos en condiciones de valorar el significado actual de sus creaciones. Existen, por ejemplo, vegetales fijadores que ofrecen una utilidad indirecta, pero grande en sus alcances. Otros embellecen el paisaje o hacen más saludable el ambiente, a la par que controlan los factores climáticos. Como caso particular citemos las palmeras, tan raleadas en nuestro país, y acerca de cuya conservación se habla tanto y se trabaja tan poco. Algunos palmares residuales de la especie llamada yatay, fijan las tierras altamente arenosas de la cuchilla de San José o de los Médanos, a la par que constituyen un excelente habitat para las aves insectívoras; también se presentan en las cercanías de Guichón y otros lugares del Oeste del país. Nada tienen que ver con los palmares de butiá de Rocha, pero forman como éstos, consociaciones. Numerosos renuevos y palmas jóvenes aparecen dispersas entre los ejemplares de mayor edad, aún en los campos de intenso pastoreo.

Los agricultores, instalados en las cercanías de los palmares, respetan a éstos en forma encomiable, y frente al primitivo panorama de las esbeltas palmas que rompen la monotonía del paisaje, han creado un ambiente de cambiantes matices con sus cultivos de trigo, de lino, de girasol y de otras plantas. La tierra arenosa, relativamente pobre en sustancias alimenticias, pero resistente a la sequía, ha hermanado en la amplitud de nuestra tierra dos tendencias: la palma yatay, símbolo tradicional de la vegetación de estas zonas, y los cultivos y el pastoreo, que se realizan sin desmedro de los elegantes representantes de nuestra flora autóctona.

A los sanduceros, tan dinámicos y tan tenaces, corresponde asegurar a los palmares de yatay una larga vida, ya que constituyen un elemento decorativo del paisaje, compuesto por una especie vegetal fijadora de suelos arenosos, y sobre todo un símbolo de esa región, que alguna vez conoció la penosa caravana del Exodo.

Jorge ***CHEBATAROFF***

Fotografías del autor.
Especial para EL DIA.



Grupo de palmas yatay de bastante edad (Cerca del arroyo Guaviyú).



Esbeltas palmas yatay se destacan sobre la cuchilla de los Médanos.

EL GATO

Y SE oyó en la voz tonante de don Méndez: —Nove e cinco. ¡Sao noventa e cinco! Los ojos cayeron sobre los cartones y ya algunas manos llevaban el poroto negro sobre el número cantado cuando estalló afuera el ladrar de la perrada. Se oyeron gritos cortados, voces de angustia, y el cimbrar del alambre de la cerca. Y en seguida tres golpes sobre la puerta. El mismo escalofrío hizo estremecer a todos pues el mismo pensamiento les llegó súbitamente: ¡El Gato!

El Juez de Paz de la comarca se había ido hacía dos días. Llegó a la estancia, cuyo dueño era el brasileño Quintín Méndez de Arruda (su compadre) a avisar a éste que El Gato andaba cerca. ¿Quién era El Gato? Un hombre envuelto en una especie de historia, crónica, y leyenda, de las más sombrías. Su camino, iniciado en partir desconocido y que ahora zigzagueaba de la Banda al Brasil y del Brasil a la Banda, era el de un hombre solitario, feroz, e implacable. De él se sabían muchas cosas horrendas y también que era un mulato oscuro, de ojos claros, como de leche, cuyo único nombre conocido era El Gato. Ahora andaba cerca...

Ido el Juez de Paz se trancó la casa enorme de don Méndez. La peonada atalayaba los horizontes y antes de ponerse el sol se recogía en el cuadro de la casa, dejando el dormidero abierto del galpón.

Desde el día anterior diluviaba. Las negras se dieron en fabricar pasteles y tortas fritas, y el estanciero, después de cenar, hizo rueda de lotería en el vasto comedor de la casona, entreverándose él y los suyos con la servidumbre y los peones. Así acortarían las noches invernales y, sobre todo, se sosegarían los ánimos.

Crepitaba largamente la lluvia, y los truenos, espaciados, hacían temblar el ancho campo y la extendida noche con sus sordos retumbos. El café humeaba, las tortas se iban de las fuentes, los números cantaban, cuando se oyeron aquellos golpes. Se encogieron las mujeres, se consultaron los hombres. Don Méndez miró a su capataz, Luis Pereyra, y le dijo: —Fale vocé. Luis Pereyra era un varón manso pero bien templado. Se levantó y pausadamente fué hasta la puerta. Y ya en ella habló con sonora voz: —¿Quién llama? Entonces se oyó, enhebrada en el tamborileo de la lluvia y en el rezongo del truenerío, una voz suave, aguda: —¡Abran, por caridá, que estoy hasta los güesos de agua y frío! Aquello fué entre súplica y lamento. Pereyra dijo: —Ya va, pués. Enderezó al rincón donde había dejado su pistola, la empuñó, y volvió a la puerta. Sacó la tranca, corrió los pasadores y abrió. Entró un hombre pequeño, sin sombrero, desmelenado, rotoso el poncho, batiendo dientes. —¿Anda solo? le interrogó el capataz, bajando la tranca a su espalda. —Solo y de a pie.

Al ver a aquel ser derrotado y mísero todos sintieron dilatarse el pecho y recobrar el ritmo del resuello. Y ya las mujeres sintieron piedad por él. Le buscaron ropa, lo hicieron mudarse y le dieron comida. Y después que comió manifestó que quería dormir, pues hacía tres días que no pegaba los ojos. Siguió la lotería.

Al otro día don Méndez sometió al forastero a un severo interrogatorio. Se llamaba Ismael Díaz, venía del Brasil buscando trabajo, al pasar por la Picada del Ceibo la corriente le arrastró el caballo, caminó todo el día a pie hasta que, ya hecha la noche, vió el caserón. Gritó a los perros, saltó el cerco y golpeó la puerta. Don Méndez le hizo esta última pregunta: —¿Y voce sabe algo do Gato? —¿Del Gato? ¿Qué Gato?

Pasaron dos días. Seguía lloviendo y tronando. De noche seguían las loterías y las tortas fritas. Y también en esa se alborotó la perrada, se sintieron gritos y al fin tres golpes en la puerta. Vuelta a encogerse unas y a consultarse otros. Allá fué Pereyra. —¿Quién llama? Y una voz bronca: Abran, por sus ánimas, que vengo perdido y no doy más de cansao. Pereyra abrió. Y en la puerta quedó encuadrado un hombre corpulento, melenudo, cuyo poncho negro caía como si de plomo fuera, tan pasado estaba por la lluvia. Le goteaba el bigote retinto. Avanzó un paso. Pereyra lo miraba suspenso. El hombre se sacó el sombrero. Era un mulato oscuro y sus ojos, quizá un poco deslumbrados por la luz de las lámparas, se agrandaron. ¡Y eran claros, como de leche!

Y así fué como El Gato comenzo a imperar en la estancia de Quintín Méndez de Arruda. Este, que lo dejó dormir la noche de su llegada (en la que sólo él pudo dormir a excepción del templado Pereyra y del recién llegado Ismael), al día siguiente lo hizo ir a su escritorio. Allí lo fué interrogando. Y tanto lo interrogó hasta que el hombre confesó que era El Gato. Hacía años andaba perseguido, estaba cansado de "juir" y de hacer mal. No lo vendiera Mendez, cobijáralo en su casa y él le prometía enmendarse y servirlo hasta con su sangre. De lo contrario lo degollaría de oreja a oreja. Don Méndez prometió. El Gato se hizo llamar, de ahí en adelante, don Pancho. Poco tiempo después era un despota. Se dió en cortejar a Adelaida, la hija mayor de Méndez y ésta se dió en llorar y esconderse de él. Sólo no tuvo sometimiento por parte del viejo capataz y del peón nuevo. Hubo algunos dramáticos cambios de palabras con ellos.

Don Méndez llamó a Pereyra: —Atenda, seu Pereyra: vocé nao ten porque teimar con don Pancho. Ya sabe que é o Gato...

—Mire, don Méndez: cualisquier día de estos me voy. Ni aunque juera, ya no digo El Gato, el Tigre, le doblaba el lomo a ese

Llamó a Ismael: —¡Olha, maldito de deus, patife do diabo, tu nao tan porque levarte de palabra con don Pancho. Faz caso dele. ¿Sábes quein é? ¡Por tua causa cualquer día destos ha uma catástrofe na estancia!

Y el tiempo pasaba y don Pancho estaba cada vez más insoportable y más gordo. Cuando el Juez venía o alguien se arrimaba lo escondían en lo más escondido del lugar. Aquellos dos forasteros, en fin, El Gato e Ismael, conquistaron la casa: aquél por su negro prestigio; éste por su apego al trabajo, su presta diligencia a todo y su humildad.

Una radiante mañana don Quintín ordenó parada de rodeo. Se encerró la humeante tropilla, y en el galpón fué el trajín de los peones aprontando lazos. Don Pancho estaba sentado en un banco de ceibo. Tomaba mate con más calma que la requerida por el momento. Se le acercó el patrón y le dijo: —¿Vocé va, don Pancho? —¿Como no, don Méndez? —Pois pode ensillar aquele pico branco. E de meu andar.

Se levantó despaciosamente don Pancho, fué hasta sus garras (que ya las tenía, y buenas) tomó el freno y llamó con voz fuerte: —¡Librija! (Así era como llamaba siempre despectivamente a Ismael). ¡Librija! Ismael, que ya había ido al corral, volvía con un tordillo que el patrón le mandó enfrenar. Entró al galpón y empezó a aperar el caballo del amo. Se le arrimó don Pancho y alargándole el freno le ordenó: —Andá, traeme el pico blanco de don Méndez. Ismael acomodó el basto mientras le respondía: —No va a dir al rodeo si por mí espera, don Pancho. Subió dos tonos la voz del Gato, se hizo bronca, siniestra: —¡Andá de una vez, basura, antes que te raye el lomo de un arriadorazo! Con gran calma y sin mirarlo, el mozo —que ya acomodaba el primer cojinillo del apero—, le contestó: —Con ese vozarrón don Pancho, yo me daba a vender pasteles en las pencas...

Don Méndez, que oyó la destemplada orden de El Gato, volvía de las casas dispuesto a castigar la insolencia de Ismael. Los peones estaban suspensos, las negras asomaron los ojos en la puerta del muro. Pero El Gato ya estaba lanzado en la cólera. De un manotón descolgó su arreador que pendía del horcón principal y con él cruzó la espalda de Ismael. Se volvió éste, lívido, haciendo brillar en su diestra su cuchillo de guasquero. Botó felino y cayó junto a don Pancho a quien tiró un golpe que si éste no esquiva con agilidad extraña, allí mismo le rasga la panza. Dos saltos más dió el mozo y dos viajes más le erró el mulato pues éste, alentado por una elasticidad que no estaba en relación con su físico, también saltó atrás como pelota. Hasta que su boca emitió roncamente: —¡No, Librija...!, dejó caer el arreador y huyó hacia la casa. Envainó su arma Ismael, recogió el arreador y en el mismo centro del patio, que las cuatro alas del caserón cercaban, alcanzó al otro y al fin lo dejó tendido a fuerza de lonja. El trágico cuadro era contemplado por peones y sirvientas, por el capataz Pereyra, por dueño y familiares, todos absortos, pasmados todos. Y el silencio que se hizo un instante fué roto por Ismael que habló así:

—Don Méndez, desculpe. Yo soy El Gato.

José MONEGAL

Dibujo del autor.

Especial para EL DIA.



Dos saltos más dió el mozo y dos viajes más le erró el mulato.

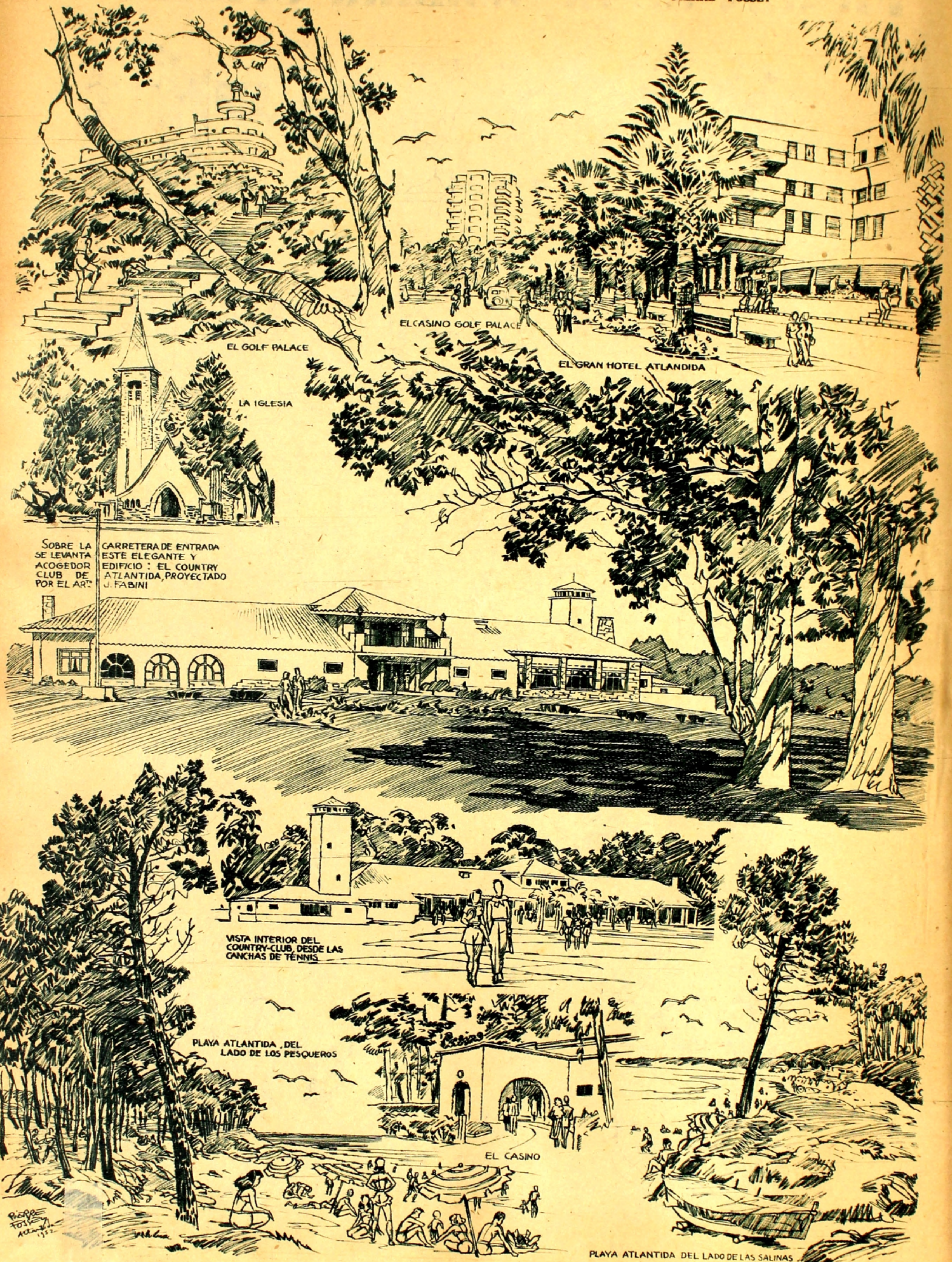
Fiestas de la Semana Criolla



Apuntes de **VERNAZZA**

PASEO POR ATLANTIDA

APUNTES DE PIERRE FOSSEY





Detalle del monumento a Jorge Isaacs. Efraín y María.

CALI, de JORGE ISAACS

EL ambiente de la ciudad del valle de Colombia es de aterciopelada tibieza. Llega, suave y envolvente, nos toca sin quemadura y las brisas que soplan desde sus abiertos horizontes o se levantan desde su río, suelen darnos en el rostro como un alivio de caminantes.

Si el paisaje es el hombre y también el temperamento, fácil es advertir que los vientos caleños, ligeros y sutiles, conforman el alegre continente de la urbe plana, repartida en área igual, en un rectángulo justo por uno de cuyos linderos, sobre ancho pedestal, eleva el brazo para señalar a la poblada villa que crece pintoresca y sonriente, el Fundador Caicedo, desde el bronce de su estatua.

Cali pudiera extenderse mayormente. Pero como en obedecimiento a una geometría que complete los espacios vitales de que ahora necesita, se ha contenido hacia el azul espacio de sus piscinas populares o hacia las líneas de los edificios de sus residencias del Barrio Centenario, por donde la ciudad tendida y antisinuosa alcanza una ligera elevación que se amortigua hasta donde es posible, por las breves avenidas de pulido cemento, con decorativas fajas de grama, asimismo medidas y dibujadas, en las que se alzan, a trechos de regularidad milimétrica, los faroles de figura de rombo, sobre sus delgadas columnas.

Una profusa iluminación de rótulos triunfa en las noches, con vario colorismo, en sus calles de las tiendas de comercio, de los bares, los hoteles y los cinematógrafos. Montañuelas simétricas, humedecidas en verde, rodean a la ciudad y las flores revientan, tropicales, en los parques y en los jardines, en las azoteas, y a manera de zócalo vegetal, pegadas a las casas de los nuevos barrios.

La capitalidad del Cauca — primorosamente descripto en las páginas de María de Jorge Isaacs — es también un valle ciudadano o una ciudad en el corazón del valle. Así avanza la floresta hasta sus aledaños. Penetra, a veces, a sus novísimas veredas y acaricia con su olor de plátanos. En la noche es igual la sordina de los grillos cerca de los ojos fosforescentes de los cocuyos.

Sombreada de palmeras, Cali adquiere en algunos de sus rincones o en su marco jardinero un sabor oriental y se dijera que las avanzadas vegetales cobijan a la urbe en cuya estructura aparecen notas de un arte que quiso reproducir los frescos tonos naturales. De tal modo su río rumoroso se ha contenido entre los muros de El Peñón o resbala sobre un cauce trabajado para que las ondas límpidas revienten cantando entre los pedruzcos.

Bajo el puente de graciosos arcos achatados, pasa el río cerca del Alférez Real, hotel de celular aparato cosmopolita. Aquí el paisaje se traza en variedad amable. A poco trecho se alzan las agujas del moderno gótico de la Ermita y si marchamos por un suave descenso, hemos de dar con el jardín guardado por altos árboles sin poda, en donde se levanta el busto de Jorge Isaacs.

En este mármol descansa, apretado, homogéneo y romántico, por la boscosa compañía de las palmeras y la mancha desigual de los helechos, el cantor de la "María". Las figuras de su dosel despiertan la vida del romance inolvidable, de gloria que se ha humedecido en cada primavera con el riego de las lágrimas novicias. Allí están María, Efraín, el perro Mayo, y con el ala abierta sobre la pureza del coloquio, el ave funesta del presagio.

Cuando reposamos frente a ese grupo que buscó los perfiles de la virgen del Cauca, con la frente de alabastro ceñida por la línea igual de los cabellos oscuros y sedosos, entre cuya mata se ha prendido una azucena del valle, y el continente de Efraín, inclinado tanto hacia el amor como al presentimiento, repasa por aquí, cerca del escenario propio la evocación de la novela que no agotó su encanto ni al paso de las crudas horas, porque si entonces no se hubiera alzado en contraste, le bastaría para durar con los cuadros de la naturaleza que forman su paisaje.

Y pensamos también en el debate trazado en torno de la "María", como para que se afirmara la paternidad de la novela y el indiscutible caleñismo de Jorge Isaacs.

Hace pocos años se propagó la revelación hecha por Antonio Isaacs, a propósito de que a su padre, hermano de Jorge, debía tenérsele como al autor de la inmortal novela. Según esas declaraciones, Don Alcides, poeta episódico y gramático de sistema, cuyos estudios se concretaron en un libro sobre conjugación de verbos irregulares que acabó de perderse en el desentendimiento ambiente, entregó a Jorge Isaacs los originales de la "María", para que los publicara bajo su firma y al amparo de su suerte. Confesión hecha en su lecho de moribundo y con el ruego especial de que no se divulgara...

Pero no fué aquella la única disputa con respecto a la propiedad del sensible romance, ya que el General Lázaro Soto afirmó, refiriéndose a unas cartas íntimas, que los borradores de la novela pertenecían al poeta César Conto, el cual los entregó a Jorge Isaacs para que fueran conocidos con su nombre.

Al término, la hija del poeta, Clementina Isaacs González se apoyó finamente en la creencia de que la memoria de su primo Antonio "no estaba de lo mejor". Exhibió un ejemplar de la novela, corregido y anotado por su padre, y reprodujo esa página lírica de Jorge Isaacs, "Levendo a María" en la que se traza la historia emotiva del libro afortunado, remitiéndose, por último, a la dedicatoria del primer ejemplar enviado por el hermano a Don Alcides, por el cual sentía una afectuosidad sin quebranto.

Valen también otros testimonios en torno a esta discusión literaria. Es constante por ellos que Isaacs escribió una parte de su novela en El Dagua y otra en la Hacienda El Peñón, en donde se dedicaba a corregir las pruebas del volumen que apareció por la primera vez en 1876. Mientras tanto, su hermano Alcides residía en Cali. "Páginas queridas — dice Jorge Isaacs — demasiado queridas quizá! Mis ojos han vuelto a llorar sobre ellas".

De aceptarse las atribuciones que citamos, habría que suponer que ya volaba la temprana gloria del poeta para que se hubiera querido poner bajo su amparo el relato de los tiernos amores en ambiente tan diestra y realísticamente reproducido, como para que volviera a surgir, como presente, al conjuro de cada nueva lectura. Pero la suposición es deleznable, y atestigua, más bien, el interés que los parientes o amigos de Isaacs, pondrían en la gestación de la novela, en esa apasionada reviviscencia de paisajes y lugares, de escenas y emociones, hasta sentirse partícipes de la historia del valle...

Pero hay algo más, inconfundible: el examen de la unidad estilística. Isaacs escribió otros libros, naturalmente empequenecidos ante el triunfo del romance caucano. En ellos descubriremos el mismo rasgo de pluma, la construcción semejante. La prueba mayor está, sin embargo, en los versos, muchos de los que son una verdadera glosa de la novela en la que hay páginas que parecen una brillante prosificación de esos poemas, si éstos no fueran, más bien, un boceto lírico de aquéllas.

Jorge Isaacs consagra perdurablemente su caleñismo cuando le buscamos entre estos capítulos en donde se reflejan los caminos guijarrosos, el rumor de Zabaleta y la frescura de sus vegas; los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca; los jardines de La Honda poblados de azucenas, de claveles, de naranjos y pomarrosos.

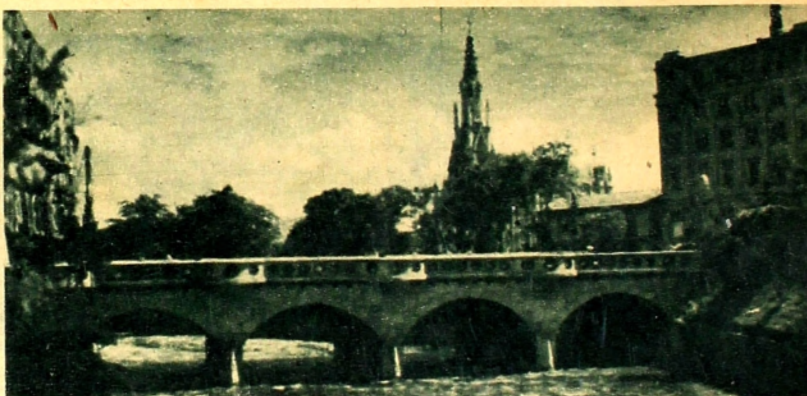
Augusto ARIAS

Quito, 1952.

(Especial para EL DIA).



Monumento a Jorge Isaacs en el Parque de su nombre.



Puente sobre el río Cali, en el centro de la ciudad. Se divisa la fachada del Hotel Alférez.



Panorama de Cali. En primer término la estatua del Fundador Caicedo.



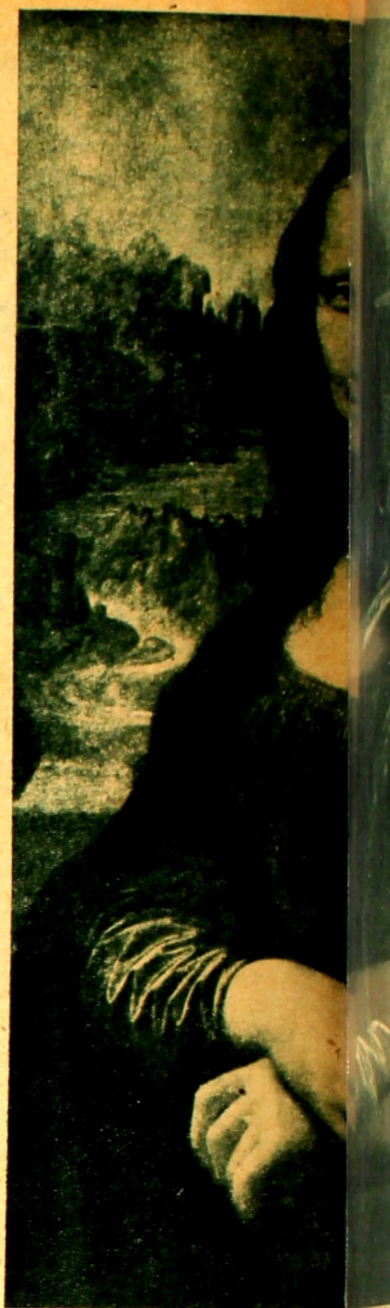
La Virgen de las Rocas, oleo de Leonardo, Museo del Louvre, París. Las rocas son ganadas por la luz que viene del fondo y las sombras se desvanecen en la contemplación del cuadro. Las manos infantiles forman un arco de armónica construcción con los de la madre.

NUESTRO último contacto con Leonardo da Vinci fué en enero de 1951. Dábamos nuestros adioses al museo del Louvre, contemplando las obras maestras del arte universal. Dedicamos varias sesiones a La Gioconda. En este mismo suplemento (véase el número 942 del 4 de febrero de 1951) expusimos nuestra impresión, de la que queremos partir para nuestra interpretación de hoy, en esta fecha del quinto centenario de su nacimiento. Decíamos:

"Tu genio genitor, Vinci, no fué renacentista en el sentido corriente de la palabra, es decir, un recreador de antiguos modelos clásicos. Así, por ejemplo, piensa y verás que en Miguel Angel y Rafael no atrae aún la fuerza de la forma, y su armonía y serenidad son helénicas en su casi totalidad. En ti predomina un nuevo aliento, el de vencer elementos contrarios con la gracia, que es de ritmo interior, integrado a la vez por fuerzas contrapuestas. ¡Ah! No en balde la península Itálica fué barrida por el aluvión de pueblos bárbaros. La forma clásica recibió el golpe brutal de un ímpetu primitivo, nuevos deseos se arremolinaron en el corazón de las criaturas, nuevos ritmos se acuñaron en el seno de las madres y en la cabeza de los artistas, y el resultado fué la inconformidad con la superficie de las cosas, había que llegar hasta el alma. Y tú, Gioconda, has vencido el ancestro, saliendo de una selva oscura para fundirte en el seno espiritual de la luz pagana y la tristeza cristiana, dándonos una síntesis de las tres corrientes en la flor de tu sonrisa".

Las corrientes espirituales que forjaron el espíritu de Leonardo da Vinci no proceden únicamente del juego y fusión de lo clásico pagano, lo medieval cristiano y lo bárbaro germánico. Leonardo es una síntesis del Renacimiento, pero el Renacimiento, si tuvo la máxima expresión en Italia, es un movimiento espiritual al que contribuyen todos los pueblos con madurez histórica europea. El gótico es alemán y francés, lo mágico oriental se integra a la cultura de Occidente a traves de España, el arte bizantino, en su limitación de contornos, define la personalidad humana, y todas estas manifestaciones desembocan en el Renacimiento. Angel Giotto, por ejemplo, es incomprensible sin el antecedente de Bizancio, como la gracia de las Madonas, antípodas de las imágenes medioevales, no se concibe sin la influencia de los pintores flamencos del cuatrocientos, como tampoco se explica el barroquismo renacentista, latiente en Miguel Angel, en Tiziano, en Tintoretto, en el Veronés, por la suntuosidad y sensualidad de sus manifestaciones, sin la influencia oriental.

Leonardo era un temperamento superdotado para reflejar, con plenitud creadora, todas estas manifestaciones de su tiempo. Su origen personal es ya el resultado de una contradicción social. Hijo natural de un leguleyo y una paisana llamada Catalina, que pronto desaparece del escenario de su vida. Sus primeros pasos de aprendizaje los hace en el taller de Verrocchio, el autor de la estatua ecuestre el "Colleoni" que hoy adorna Montevideo. Tiene como condiscípulo a Pedro Vanucci (Perugino). Entrá luego al servicio de Lorenzo el Magnífico. Fué amigo de Pablo Toscanelli, y el niño mimado, en un sentido suntuoso ¿por qué no aberrante? de la sociedad de su medio. Florencia, Venecia, Roma, no hubo fasto ni fiesta en la que no apareciera como magnífico artista y gran gozador, pues fue múltiple en el ejercicio de sus sentidos como en el de su inteligencia. Contemporáneo de Miguel Angel y Rafael, compartió con ellos



La Gioconda, del Museo del Louv... mulado, mantiene fresca la victoria d... monía de la figura, la delicada form... preta...



Detalle de *La Anunciación*. Óleo en la Galeria de los Oficios, Florencia.

EN ...STAS

1452 • LE...RDO...

DE

el mecenato y la servidumbre de los M... dicis, los Sforza y los Papas, y finalme... de Francisco I de Francia.

De entre las artes prefería la pintu... aunque las conocía todas. Sencillame... porque la pintura era su mejor medio ... expresión. El fondo claroscuro ... de su alma se hacia visual en los lienzo... en los dibujos. Su genio se esforzaba ... arrancar siempre del reino de las somb... la luz del alma humana. Hipólito Ta... contemplando la "Venus de Desde", lo ... presaba así: "¿Es acaso posible con alg... palabra rendir el regocijo de la vista y ... potencia del tono? Todo está envuelto ... sombras, pero la ascendente figura inmó... las espaldas hermosas y el seno salie... son como una visión; hay que contemp... esa carne viviente que emerge de la os... ridad profunda y el esplendor intenso ... los tonos de púrpura que se esfuman o ... avivan desde la oscuridad de la noche ha... la llama del pleno día".

En la contemplación de los cuadros ... Louvre, esa fuga luminosa de las figuras ... un fondo de sombras, es patente. En "... Virgen de las Rocas", "La Virgen, el Ni... y Santa Ana", "San Juan Bautista" y "... co", la carne se hace luz desprendida ... un fondo de noche indefinida. No se tr... aquí de un mecanismo de claroscuro, q... elevó a eximia categoría Rembrandt.



...e a los retoques que los siglos le han acu-...terior sobre el reino de las sombras. La ar-...nos, anuncian un nuevo estilo en la inter-...gura humana.

...ISTAS SIN PALABRAS

...ARDO DA VINCI • 1952

...5 DE ABRIL

...ierra de Leonardo es luminosa, como lo ...s la Toledo de El Greco. Lo que preocupa ... Leonardo es la luz en sí misma, sin opo...ición de sombra, y aunque en la pintura el contraste es recurso indispensabie para la exaltación de tonos, hay pintores cuya luminosidad lo llena todo, apagando, incluso, las sombras gracias a las cuales la luz emerge.

Es el caso de Leonardo, y de ahí su preferencia por la pintura. La luz se hace objetiva como elemento artístico en el arte pictórico. El consideraba la pintura como el arte que se confundía con la divinidad en la misión creadora. Pero la divinidad se caracteriza en cuanto creadora de luz, por eso la divinidad del genio leonardesco. Como un demiurgo amasaba luz y sombra en su misión artística, y manejando ambas entidades, tanto en su especulación filosófica como en su labor paciente de caballete o muro, aparecía siempre la luz triunfante en la perspectiva de los términos.

En él el paisaje asoma como una entidad autónoma, pareja a la de la figura humana. En La Gioconda es donde mejor se aprecia este fenómeno. Por entonces el paisaje se relegaba a obra decorativa. No debe asombrarnos. El hombre del Renacimiento brotaba de la Edad Media como un dios triunfante por su deseo de juventud. La Edad Media, la baja Edad Media, fué una antesala para el redescubrimiento del hombre. Lo metafísico dió paso al conocimiento del hombre, que a la postre era el objeto y sujeto de la metafísica. Y fué en el hombre que se recrearon la ciencia, la política y el arte renacentistas. El paisaje era, cuanto más, un elemento de observación teórica, comparativa con lo que se conviene en llamar medida de todas las cosas: el hombre.

El mismo Leonardo da Vinci, refiriéndose a los problemas del paisaje como experiencia artística, dijo: "Nuestro Botticelli decía que este estudio es una cosa vana, puesto que conformándose con tirar contra una pared una esponja embebida en colores, se puede distinguir un hermoso paisaje en las manchas que ella deja". He aquí expresado el contenido de muchos pseudos artistas de hoy, pues creen que, con hacer esponja de las brochas, embarruntando lienzos de pintura, han alcanzado magisterio y pueden pasar por genios. Pero ya Botticelli conocía la trampa y la consideraba cosa vana. Pero el paisaje no es una vanidad sino una realidad espiritual del hombre. Aunque lo forma la naturaleza —el hombre también es naturaleza, por lo que se podrían hacer los mismos reproches de vanidad a los retratistas— el paisaje es una realidad superior que el hombre ha creado a tono con su sensibilidad, alcanzando deslumbramiento con el Romanticismo.

Esa realidad de paisaje aparece en Leonardo da Vinci, anunciando nuevos términos con perspectiva de luz. Los tonos del fondo de La Gioconda acusan una superación del valor natural de las cosas para convertirlas en una categoría de valores sublimados por el hombre. Son la roca, el árbol y el arroyo, pero no los vemos como tales sino como estancia del hombre, en la que su espíritu toma posesión de las cosas para transformarlas en humanidad. Que la tierra, siendo ella misma, deje de ser tierra gracias al soplo del genio, como que la carne, sin dejar de ser carne, alcance expresión de alma gracias a ese mismo soplo, es virtud que Leonardo da Vinci alcanzó como ninguno de sus contemporáneos, lo cual es la máxima calificación en el proceso valorativo de la cultura de Occidente. Hizo de la carne alma y de la tierra escenario ascendente para el recreo de las almas. Fué un precursor del paisaje como tema artístico, entre otras causas, porque se adentró como nadie en el misterio de la naturaleza y sus leyes.

Consideraba como el máximo de los placeres la contemplación de la naturaleza. Decía a este respecto: "Los ambiciosos que no se contentan con el beneficio de la vida y de la belleza del mundo, sufren, como penitencia, desperdiciar la misma vida y no lograr la posesión de la utilidad y la belleza del mundo". Y la contemplación se le hizo ciencia. Presintió y comprobó la persistencia de las leyes de la naturaleza. Y se dedicó al conocimiento de sus causas. Su orgía expansiva le hizo abarcar todos los conocimientos de la época: geología, botánica, hidráulica, cosmografía, mecánica, filosofía. Y aunque de un modo fragmentario, en todo dejó su garra genial. Fué un precursor de Galileo y de Bacon. Iba al conocimiento de los fenómenos por el camino del experimento. Hizo de sus sentidos un permanente arpegio de resonancias sensitivas e intelectivas, por lo que alcanzó la gracia de percibir melódicamente la verdad y la belleza de las criaturas y las cosas. Fué un verdadero enciclopedista de su tiempo. Lo que Pico de la Mirándola sabía en su portentosa erudición, Leonardo lo conocía en la creación diaria del arte y en la experimentación y comprobación científica. Fué un renacentista integral.

Obligado a vivir entre cortesanos, en guerras continuas por el predominio de unos Estados italianos contra otros, que hacían el juego a la expansión dominadora de los reyes de España y Francia, era sin embargo un declarado enemigo de la guerra. La llamaba *pazzia bestialissima*. Se le encomendó un cuadro sobre la Batalla de Anghiari, del que ya no quedan rastros, salvo partes de bocetos descuartizados en algunos museos. La obra le ocupó dieciséis años. Como anécdota, se cuenta que el modelo del proyecto de monumento a Ludovico Sforza sirvió de blanco a los arqueros gascones.

Entre sus aspectos de torcida inclinación, se destaca el de su escritura de derecha a izquierda, o escritura de espejo, pues a través del espejo es que se lée correctamente. Y otra desviación no menor fué, que siendo un hombre que tan hondamente llegó a la comprensión del alma femenina, no ha dejado huellas de su pasión amorosa. ¿Cómo sería la mujer soñada? Sin embargo, de sus cuadros brota la emoción de un eterno femenino. Veamos, por ejemplo, su "San Juan Bautista". Basta interpretarlo a través de los evangelios para comprender cómo en el cuadro de Leonardo la indignación y el arrebato se hicieron delicadeza morbosa, de una infantilidad tímida. Y agudizando la contradicción, su autorretrato es de fuerza, como si él mismo se considerara la expresión del genio masculino. ¿Vería la naturaleza toda como una aparición de alma femenina? Se ha teorizado sobre su hermafroditismo, tema que hace reir o vanagloriar a la infinidad de beocios que pululan por los bajos fondos del arte, pero que es una seria preocupación ontológica de los sabios y advertencia de los discretos. Pero más que de hermafroditismo, habría que hablar, en el caso de Leonardo, de una libídine panteista. El goce se le sublimaba en imagen de mujer en cada uno de sus contactos espirituales de la vida.

Y sigue el genio preocupando al mundo en la proyección de su obra. En esta fecha del quinto centenario de su nacimiento, el mundo de la cultura se congrega, no sólo para interpretar su teoría y su creación artísticas, sino para valorar al hombre. Su influencia se ejerció, y sigue ejerciéndose, en las tres rutas del saber, del hacer y del Ser. Hablamos de sus experimentos, como el de la máquina voladora, y la figura del sabio nos atrae; contemplamos La Gioconda, y es el artista quien se apodera del juicio valorativo; leemos su prosa, y es el teórico el que nos subyuga por la sutileza del juicio, pero es al hombre al que admiramos por la complejidad y profundidad de su paso en la vida. Es de las pocas figuras de las cuales se puede decir que no fué vana su aparición. Ha dejado un destello de luz para que se disipen las sombras del entendimiento y de la gracia, para que la vida sea gracia y entendimiento. Y como auténtica luz sigue proyectándose sobre nosotros, perdurando sobre lo efímero de su tiempo, eternizándose sobre lo efímero de todos los tiempos. Rebasó los límites de su tierra nativa con paso de conquistador espiritual, y sigue avanzando aún más allá de las fronteras de su patria en la constelación de las figuras más egregias de la humanidad. Hizo amor de su arte y de su ciencia, y así transformó su propia vida en verdad y belleza.

F. FERRANDIZ ALBORZ

Especial para EL DIA.



Leda, copia del cuadro perdido de Leonardo, de la colección de John G. Johnson, Filadelfia. La morbosidad de la figura femenina desentona de la línea leonardense. El mismo contraste de tonos nos hace dudar mucho de la fidelidad del copista.



Madonna Litta, de Leonardo, del Museo del Ermitage, Leningrado. En la iconografía cristiana, la Virgen continúa siendo la madre, el sentimiento religioso de los artistas no se había dogmatizado, aunque fueran creyentes. El sentido de crianza, máxima exaltación de la maternidad, ha desaparecido de la iconografía católica de nuestro tiempo, hasta deshumanizar la virgen simbólica.



Madame Récamier por Gérard (fragmento)

ESTAMPAS ROMANTICAS

UN AMOR OTOÑAL

EN aquel salón de Madame Récamier, en la Abbaye-aux-Bois, las contrapuestas opiniones perdían su pugnaz aspereza y los hombres su afectación y entonamiento. Con su bondadosa sencillez, Julieta obligaba a todos a despojarse de máscaras y coturnos. Desaparecía en aquellas conversaciones el énfasis tan usadero entonces en la literatura y en la política. Regía el tono elegante y simple que trasciende del retrato hecho a la dama por David. Los mismos aposentos eran más bien pequeños y modestos. Formaban parte de un viejo convento, estaban en el tercer piso, la escalera para subir a ellos era tosca e incómoda: Chateaubriand confiesa que llegaba siempre sin resuello. El departamento se componía de dos piezas separadas por un oscuro corredor. En una de ellas, que era el dormitorio, había una biblioteca, un arpa, un piano, un retrato de Madame Stael y una vista de Coppet a la luz de la luna. Los muebles eran simples y estaban algo gastados. Las ventanas, con celosías y el alféizar lleno de macetas, daban al jardín del convento por el que paseaban solemnes las monjas y correteaban las educandas. A lo lejos, algunos campanarios puntiagudos se recortaban sobre el cielo y en el horizonte se divisaban las colinas de Sèvres.

Las reuniones solían hacerse al atardecer, tres veces por semana. Julieta esperaba a sus invitados sentada al piano. Algunos pájaros se recogían bajo las celosías o en la copa de una acacia frondosa que alcanzaba a verse desde el interior. Sonaban las campanadas del Angelus. En los días serenos, el sol poniente derramaba un polvillo de oro viejo sobre aquella estampa romántica. Los asistentes se reunían en círculos sabiamente de pie. El arte de la reunión social damas sentadas, los caballeros, ordinariamente de pie. E larte de la reunión social es un arte difícil y delicado que tiene algo de musical; consiste, sobre todo, en conseguir los más finos y delectables acordes en ello era Julieta maestra. Pero en aquella compleja sinfonía de la Abbaye-aux-Bois, en que se integraban voces y melodías muy dispares, había un tema dominante. René de Chateaubriand, el melancólico René. Julieta lo amaba entrañablemente, fué el gran amor de su vida, y a ese amor se daba toda, ofrendaba con generosidad, a menudo no correspondida, cuanto tenía y cuanto valía.

En el salón de Julieta, René perdía su habitual aire de tristeza, tan interesante, tan teatral. Se expresaba con naturalidad; el vehemente imprecador parlamentario o periodístico se tornaba amable, sonriente, alegre; el arrogante pontífice descendía de su sitial y era todo llaneza y tolerancia. Permanecía de pie, a veces apoyado en la pared, y cuando no hablaba se mordía la punta de la corbata y le daba leves tirones con la mano, "tocaba la campana" como sus amigos decían. Esta humanización y ablandamiento del rígido, estirado y declamatorio personaje, este milagro de transformación, era por entero obra de la dulzura incontenible y contagiosa de Madame Récamier y de su adoración inmarcesible. El culto que René aquí recibía, halagaba su vanidad infinita y aquietaba, momentáneamente, su afán de gloria, la más fuerte de sus pasiones. Siempre quiso ser un grande hombre, una figura de vasta proyección histórica. Lo de menos era en qué, la zona del vivir y crear humanos en que debía realizar su ambicioso destino.

Por eso intentó en varias. Aspiró primero a ser un navegante famoso, descubridor de nuevas tierras o rutas, a lo cual le llamaba su raza céltica, su condición de hijo de un finisterre, el misterio de los horizontes brumosos de su Bretaña natal. Después fué la política y la literatura. Operaba sobre él con valor de ejemplo y modelo —como sobre otros contemporáneos— la figura extraordinaria de Napoleón, a pesar de sus particulares prevenciones hacia él. Era una actualización del héroe antiguo, paradigma y estímulo para altas empresas, que reforzaba la impronta dejada por las lecturas escolares de Plutarco. Había que ser el Napoleón de algo.

Pero para ser un Napoleón le faltaba constancia y le sobraba vanidad. A diferencia del orgullo, la vanidad, pasión inferior y femenil, frustra toda empresa grande. Los vanidosos se dejan enredar por los aduladores y suelen fracasar. La vanidad anubla la visión de los objetivos, es una fuerza que hace desviar la brújula que marca el rumbo seguro. Por otra parte, Chateaubriand era de carácter voltario, amigo de novedades, de nuevas emociones, inquieto, incapaz de sostenida firmeza. Una ola le traía y otra le llevaba. Su imaginación no le dejaba en paz y los esfuerzos de su buena amiga Julieta, ella, sí, firme y constante, eran, en este respecto, estériles. Por eso, a pesar de sus dotes excepcionales, de su talento portentoso, de su descollante significación en la evolución literaria, de su agitada actividad política y diplomática, distó mucho de ser un Napoleón en nada.

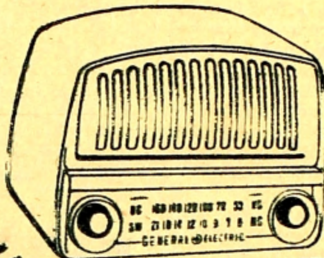
Su vanidad y su inconstancia aparecen patentes en sus numerosos, y a veces coexistentes, amoríos. Para justificar su incansable mariposeo, forjóse, ya en su juventud, la vagorosa fantasmagoría de la "Sílfide". Buscaba la Sílfide en cada mujer que le placía pero, tarde o temprano, naturalmente, sobrevenía el desengaño. No era la Sílfide, y la Sílfide era la única mujer que él amaba. Y con este poético y escolástico artilugio pretendía justificar su inconstancia y aun pasar por el más constante de los amadores. Por lo demás, tenía mucho éxito con las mujeres. Su figura elegante, sus ojos inteligentes y soñadores, sus románticos cabellos en "coup de vent", tal como aparece en el más conocido de sus retratos, se combinaban con un encanto y amenidad en el hablar y una gracia melancólica, para volverlo irresistible. Y él, seguro y halagado del efecto que producía, cultivaba con estudio la estrategia amorosa y triunfaba siempre.

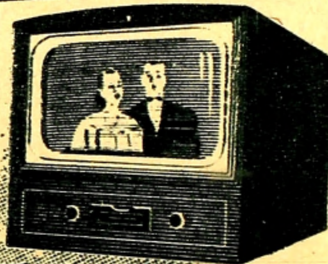
Los más de estos amores semejan superficiales, puro deporte de conquistador que se recrea vanidosamente en su virtuosismo, o figuraciones literarias que propiciaban románticos desahogos epistolares. René se deleitaba con aquel verse amado, recreaba su vanidad con tan reiterada y rendida adoración. Pero en el fondo, impenitente Narci-



Cauterets, según una litografía del siglo pasado.









Leontina de Villeneuve, la "joven occitana".



El melancólico René, meditando ante las ruinas de Roma.

so, solo estaba enamorado de sí mismo, de la imagen que de sí veía en las almas encendidas de sus amantes.

El único amor serio de su vida parece haber sido el de Julieta Récamier. Y ello, más que a él, cabe atribuirlo a la dulce tenacidad de aquella mujer admirable. Con su ternura, sus halagos, sus servicios, su fidelidad, su paciencia, su tolerancia, y la ayuda del tiempo, consiguió encadenar al voluble, caprichoso y mimado René. En los momentos de desaliento, de desesperación o aridez espiritual, ella, tranquila y sincera, lo sostendrá, será para él como un puerto seguro. Poseía, cabalmente, lo que a él le faltaba, equilibrio, ponderación, objetividad, y él reconocía tácitamente esa superioridad y se le iba allegando cada vez más, como buscando amparo.

En los años que duró aquella amorosa relación, no siempre René le fué fiel. Con facilidad seguía dejándose arrastrar por alguna nueva afición femenina que Julieta fingía a veces ignorar. Pues así como venían, prestamente se iban, y la afección por ella perduraba a través de aquellas fugaces aventuras. De todas ellas, una de las más singulares es la de la "joven occitana". Es una aventura otoñal, tal vez la que, de modo auténtico y al margen de toda pose literaria, primeramente le revela la trágica realidad de la declinación de la vida. Esta aventura, además, por especiales circunstancios nos es bien conocida, mucho mejor conocida que la mayoría de las restantes que suelen haber pasado a la posteridad envueltas en romántica bruma.

Casi sesenta años tenía Chateaubriand cuando recibió en París una carta de cierta joven de Toulouse, fervorosa lectora de sus obras. Se llamaba Leontina de Villeneuve y tenía veinticuatro años. En su carta, la joven expresaba al gran escritor la admiración que por él sentía y casi dejaba traslucir que aquella admiración rayaba en amor. Se excusaba de su atrevimiento por responder, según decía, a un impulso irresistible. Chateaubriand, muy complacido, contestó agradeciendo los términos de la carta y el intercambio epistolar quedó entablado. Le entusiasmaba aquella adoración a distancia de una joven desconocida que jamás lo había visto, cuando ya le blanqueaban los cabellos y la vida iniciaba su descenso.

Un año después era nombrado embajador en Roma. La correspondencia prosiguió. Chateaubriand, aficionado a dar a sus amigas nombres poéticos, llamó a esta nueva "la joven occitana", nombre que le traía ecos de las viejas glorias de la lengua de oc, de los trovadores de Provenza, y las cortes de amor. La muchacha, en plena fiebre romántica —estamos en 1828— termina con declararle su amor. Le dice que, por saberlo casado y no poder ser su esposa, se propone ingresar en un convento de Roma en donde espera, como único consuelo, que alguna vez él la visite. El escritor, al comienzo mesurado en sus cartas, deja ya de lado toda cautela y le corresponde en términos ardorosos. "¡Vivan mis cabellos grises pues que vos los amáis! Os amo inmensamente, mi sílfide". Ya está aquí, de nuevo, la Sílfide. Y concluye: "Soy un viejo loco". Adopta, también ahora, el aire triste, desengañado, sombrío, que tan interesante le hacía con las mujeres. Es la amargura romántica, el mal del siglo, aquel indefinido tormento y disgusto del vivir, aquella inquietud por el sino funesto, artificialmente cultivados, que el viejo René despliega en esta ocasión para cautivar y deslumbrar a una jovenzuela provinciana. "No puedo dar la felicidad a nadie porque no la poseo. Todas las personas que me han querido, luego debieron lamentarlo: todas han sufrido, todas murieron de muerte prematura, todas, más o menos, perdieron la razón antes de morir". Con este tétrico, pavoroso reclamo trataba de atraer a aquella incauta avecilla novelera. El escritor celebrado, el político y diplomático, el hombre de mundo, tan solicitado de las damas y en los salones de París, hacía el papel de hombre desgraciado y perseguido por la fatalidad.

Al cambiar, un año después, el ministerio, dimite y regresa a París. Los amantes quieren verse y se dan cita en Cauterets, balneario de aguas minerales, cerca de los Pirineos, donde Chateaubriand quiere hacer una cura. Dice en sus memorias que aquel viaje fué una sucesión de ensueños. La visión de las montañas, la hermosura del lugar le levantan el ánimo. Se siente feliz. Da largos paseos solitarios, escribe poesías. El aire limpio de las nobles cumbres lo limpian de los turbios vapores románticos. Y lo confiesa. No puede ya aquí sostener la ficción de la tristeza. "Hago esfuerzos por estar triste y no lo consigo". ¿Por qué esos esfuerzos, ese empeño en oscurecerse el alma? Es el estilo de la época.

Las primeras entrevistas de Leontina y su viejo enamorado debieron ser tiernas y hasta apasionadas. En ciertas notas, largo tiempo inéditas, Chateaubriand recuerda cuando ella apoyaba la graciosa cabeza en su hombro, cuando pronunciaba palabras embriagadoras, cuando la vió pronta a ceñirle con los brazos como con una corona de flores. Pero pasados los primeros transportes, ambos se dieron cuenta de la insensatez de aquellos devaneos. René teme el ridículo y el escándalo, se detiene al borde del precipicio, se esfuerza por calmar, bien a su pesar, la exaltación de Leontina. Y esa contención le muerde en los adentros. No es, de cierto, el amor que no siente, al menos con intensidad bastante, sino el despecho, la desolación del hombre de edad avanzada al que las jóvenes están ya vedadas. Esta sí puede ser auténtica melancolía. Melancolía y rabia: "la felicidad de las nuevas generaciones me inspiraba arrebatos de los más negros celos; si hubiese podido aniquilarlas, lo habría hecho con el placer de la venganza y la desesperación". Y termina este pasaje de sus notas íntimas con una exclamación, típica escapada, si no consuelo, del más puro corte romántico: "Flor encantadora que no quiero tomar: a tí dirijo mis últimos cantos de tristeza que no oirás sino cuando esté muerto". En Cauterets había comenzado a componer una oda sobre la vejez.

Roto el ensueño, cada cual se fué por su lado. René a rumiar su pena, Leontina a buscar nuevo objeto a sus amores. No duró mucho esta búsqueda. De allí a pocos meses se casaba con el joven conde de Castelbajac. Chateaubriand, por su parte, se refugiaba en la amistad serena e inconmovible de Julieta Récamier y escribía, para sus "Memorias de Ultratumba" un relato falseado y fantaseado de la aventura. "Cierta vez que iba por el campo componiendo una poesía, encontré a una joven sentada a la orilla del río. Se levantó y vino derecha hacia mí: había oído decir en la aldea que yo estaba en Cauterets. Era esta joven desconocida una occitana que me escribía desde hacía dos años sin que yo la hubiera visto nunca. La misteriosa anónima se me reveló. Había ido a hacer una visita a la náyade del torrente. Una tarde que me acompañaba, cuando yo iba a retirarme, quiso seguirme: hube de llevarla en brazos a su casa. Pero sentí mucha vergüenza: inspirar alguna suerte de amor a mi edad me parecía ridículo. La brisa de la montaña arrastró bien pronto el capricho de una flor: la vivaz, resuelta y seductora extranjera de dieciseis años me agradeció haberme hecho justicia a mí mismo. Se ha casado".

Cuando la condesa de Castelbajac leyó esta página de las "Memorias de Ultratumba" negó que jamás hubiese estado enamorada de Chateaubriand y que las cosas hubiesen pasado en Cauterets como el escritor las cuenta. Los dos amantes querían olvidar su idilio pirenaico. Pero ahí están las cartas y las notas íntimas para revelarnos, en toda su verdad, el episodio.

Luis TOBIO.

(Especial para EL DIA.)



Madame Récamier. Del cuadro de David.





Frente del nuevo local del "Club R. y Social Garzón", recientemente inaugurado con una gran fiesta social en la localidad de ese nombre, Departamento de Maldonado; y un aspecto del animado baile realizado.

INFORMACION GENERAL





La Guardia Republicana celebró el 28º aniversario de la fecha de su fundación, el º de abril del año 1924, con personal particularmente escogido del cuerpo policial, uesto bajo las órdenes de oficiales del ejército, con destino y funciones determinadas. Aparecen en la nota el Presidente del Consejo Sr. Martínez Trueba con el Consejero Dr. Forteza, el Ministro del Interior Dr. Fusco, el Jefe de Policía coronel Raiz, el de la Guardia Republicana coronel Klein con otras autoridades militares civiles que asistieron a la celebración; y en otra nota una parte del cuerpo, formado en el patio de armas.







Desde la semana anterior vuelve a funcionar como sala teatral el "Stella D'Italia" del Cordón, completamente adaptado a las exigencias modernas, alojando a una compañía de teatro nacional. Muestran las notas al Ministro de Instrucción Pública, Sr. Zavala Muniz, que es a la vez Presidente de la Comisión Municipal de Teatros, en una de las reuniones preliminares a la inauguración rodeado por quienes tomaron parte en la resurrección de la sala para el teatro; al Intendente Municipal, Sr. Barbato, en la función inaugural; y un aspecto de la sala.





Expresivo homenaje al Intendente Municipal de Montevideo, Sr. Germán Barbato, por la Comisión Coordinadora de Comisiones de Fomento Edilicio y Social de las diversas zonas de la capital, ofrecido en conceptuoso discurso por el poeta General Edgardo U. Genta, que preside esa Comisión Coordinadora, destacando la progresiva labor edilicia que realiza nuestro Intendente, al que se le hizo entrega de un pergamino, símbolo del reconocimiento de la población

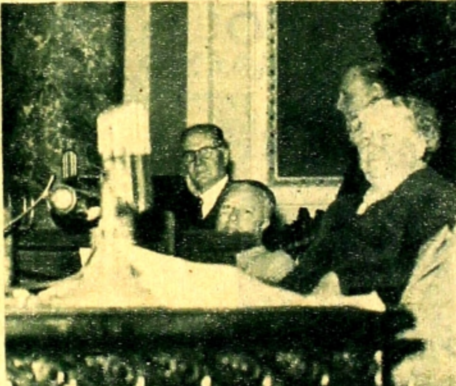




En Sarandí del Yí se realizó una lucida fiesta en el acto del bautizo del hangar para el "Aero Club", eligiéndose a la Srta. Perla Calleros como "Miss Aero Club". Aparece en esta nota la gentil Miss, conjuntamente con las otras participantes en el concurso, y una nota del baile realizado esa noche en el Club Social.



Dr. Pedro Anastasia, Director General de Ganadería, acompañado por el Presidente de la Asociación Apícola, señor Rodríguez Ycart y otras autoridades de la corporación en el acto inaugural de los cursos correspondientes a este año.



Por primera vez en los anales parlamentarios del país, la Asamblea General fué presidida por una mujer, correspondiéndole este honor a nuestra distinguida correligionaria Senadora Dra. Isabel Pinto de Vidal.





Ha regresado de su extensa jira por algunos países americanos, nuestro Gerente Administrador Sr. Luis Franzini, que aparece en esta nota con su distinguida esposa, y en la otra foto rodeado de los familiares y amigos que concurrieron a bordo a darle la bienvenida al estimado compañero.

LITERATURA VIVA

LA EMOCION EN EL "POEMA DE MIO CID"

De los sos ojos tan fuertemientre llorando,
tornava la cabeca — i estávalos catando.
Vío puertas abiertas — e ucos sin cañados,
alcándaras vázias — sin pielles e sin mantos
e sin falcones — e sin adtores mudados.
Sospiró mio Cid — ca mucho avié grandes cuidados.
Fabló mio Cid — bien e tan mesurado:
"Grado a tí, señor Padre — que estás en alto:
"Esto me han buolto — mios enemigos malos".

Con los ojos llenos de lágrimas volvió la cabeza para contemplarlos (por última vez). Y vió las pu rtas abiertas y los postigos sin candados; vacías las perchas, donde antes colgaban mantos y pieles, o donde solían posar los halcones y los azores mudados. Suspiró el Cid, lleno de turbación, y al fin dijo así con gran mesura: —¡Loado sea dios. A esto me reduce la maldad de mis en migos!
Versión de Alfonso Reyes.
(Mejicano)

SIEMPRE me han impresionado por su plástica maravillosa si bien ingenua, los versos iniciales de ese manuscrito descubierto en el siglo XVIII, que encierra el inicial poema conocido de la literatura hispana. En tiradas desiguales, nos enfrentamos a un hombre, a un ser primitivo, pleno representante de la Edad Media española. El juglar, posterior en poco más de medio siglo a los hechos que narra (el Cid murió en 1099 y el poema es de 1140), muestra su entusiasmo y adhesión por aquella figura que llenó una época. Son escasos y rudimentarios sus recursos poéticos. Casi desconoce el matiz de las imágenes y los adornos que usarán otros cantores. Le basta con versificar los hechos, tal como él entiende que ocurrieron. Pero, no obstante esa pobreza de medios, proporciona el primer ejemplo metrificado de ealismo en la literatura hispánica y sitúa con evidente dignidad al personaje. No debe sorprender que haga llorar a Rodrigo Díaz de Vivar, a aquel campeón del heroísmo. Ese llanto no menoscaba en el siglo sus virtudes varoniles. Primitivismo puro. *"Juventus mundi"*, juventud del mundo, como dice Vedel. ("Ideales de la Edad Media", Cap. I). El más arriesgado de los héroes iniciales, no tiene inconveniente en ve ter lágrimas cuando la emoción lo invade. Los person jes de Homero y los de los cantos germánicos, hacen lo mismo delante de sus tropas. Aún no ha llegado a ellos ese refinamiento de la civilización que obliga al hombre a dominar sus impulsos y a evitar la exteriorización al máximo de sus emociones. Chispazo interesante para la polémica ya póstuma entre "El Viejo Pancho" y Romildo Risso. Porque mientras éste sostiene que el gaucho nunca lloró, el dolido *cantor del Tala* insinúa una posición intermedia entre la emoción primitiva y el temor al qué dirán:

"Mirá, sacá esa astiya que está haciendo [humadera…
Me yoran ya los ojos… pres'áme tu pa- [ñuelo…".
("Cosas de Viejo…")

Más el juglar no piensa en polémicas de futuro. Dice toda su sinceridad. Y nada más. Pero no le basta dar sólo la idea del llanto. Eso es muy poco, o demasiado, para su público. Se vive el mundo de lo concreto. No caben las abstracciones. De la misma manera, la imagen nació en el mundo por la necesidad de expresar la idea de lo abstracto a través de la compa ación con las cosas que se ven o que se palpan. Al posible poeta de Medinaceli, le es imprescindible agregar la noción de lo físico. Por eso, el Cid *"llora de los sus ojos"*. Cosa análoga se aprecia en las "Chansons" francesas de la época.

Tiene una fuerza plástica irresistible ese *"tornar de la cabeça"* y ese *"catar"* la soledad que deja a sus espaldas el protagonista. Se repite el imán de Moisés y se anuncia el de nuest o Artigas. El destierro injusto provoca un éxodo colectivo de las gentes afincadas en el Vivar donde nació Rodrigo. Ese abandono total de las propiedades, de los hogares, sin que se utilizara uno solo de aquellos pesados cerrojos de la época, prueba del prestigio del caudillo. Todo había quedado sin trabas a merced del enemigo. *"Vío puertas abiertas"*… Con un mínimo de palabras, el poeta sabe sugerir la emoción. A todos los acompañantes les ocurrirá lo mismo. Pero basta con expresar que es el Cid quien observa y llora. En la Edad Media interesan sólo los individuos, no las multitudes. El señor se impone a los siervos.

Para aumentar la idea de abandono, el juglar nos habla de *"alcándaras vázias"* (obsérvese la acentuación). Esa hermosa palabra, de origen árabe, cor iente en la época, resulta para nosotros plena de sugestiones. La alcándara era una percha de doble fin, pues aparte del usual, servía para que se posaran en ella las aves de cetrería, de caza, los halcones y los azores, instrumentos vivos de un deporte señoril, "Derby" de Epsom o campeonato de polo medievales. Lo adjetivo deja su paso a lo sustantivo. Domina la acción, mensajera de la lealtad. Como en todo momento de lucha, también el objeto de las distracciones ha desaparecido. Halcones y azores buscarán la alimentación por su cuenta y no en función de cacerías con mayor o menor estruendo de cuernos. La atención de aquellos hombres se dirige hacia el problema capital: la fidelidad a Rodrigo y el éxodo concomitante. También el Cid es ejemplo de lealtad: no atacará a quien lo expulsa, sino al enemigo común, para retornar luego a la acción conjunta.

Tal es el cuad o: hombría y acción. Lo primero no puede evitar el desahogo sentimental y la lógica reacción afectiva de los impulsos. Habrá suspiros. Habrá gritos de



El Cid Campeador, interpretación moderna de F. Blanch.

rebeldía. Todo ello puede intuirse. Mas con qué cuidado el juglar sabe expresar el equilibrio del Cid. Sus acciones aparecen siempre por lo alto. Las de sus adversarios, en cambio, carece án de hidalguía. *"Fabló mio Cid — bien e tan mesurado"*. Para el poeta, esa mesura es un detalle más que aureola la grandeza del Campeador *"contado"* o *"el que en buen hora nazco"* o el que *"en buen hora cinxó espada"*. Sabe contenerse, a pesar de la serie de intrigas de corte, de pequeñeces monárquicas que obligan a Rodrigo al mayor de los sacrificios: el alejamiento de su terruño y de su familia. Pequeñeces engend adas cuando el Cid *"le quitó una pieça de la barba"* a García Ordoñez, lo que determinará todo el argumento subterráneo del Poema, que ha de culminar en las malandanzas de los Infantes de Carrión y en esas Cortes de Toledo, auténtica expresión de la más fina reivindicación de derechos.

J. C. SABAT PEBET.

(Especial para EL DIA).

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS





DEBILITADO POR LA HERIDA, EL LEON CAYO. NUMA MIRO A TARZAN CON CIERTA DESCONFIANZA MIENTRAS EL HOMBRE-MONO LE LIMPIABA LA HERIDA DE BALA.



EL TIEMPO Y EL TIERNO CUIDADO CURARON LA HERIDA DEL LEON, MIENTRAS TARZAN PERMANECIA DE GUARDIA. CIERTO DIA, NUMA SE ENDEREZO Y SE ESTIRO. EL HOMBRE-MONO ESPERABA ALERTA LA REACCION DE LA BESTIA ANTE SU PRESENCIA.



AVANZANDO SILENCIOSAMENTE, EL ENORME GATO SE FROTO CONTRA LA PIERNA DE TARZAN DEMOSTRANDO CONTENTO.



PRONTO SE HICIERON AMIGOS--CAZANDO Y COMIENDO JUNTOS. UNA MAGNIFICA PAREJA--EL REY DE LAS BESTIAS CON SU MELENA NEGRA Y EL BRONCEADO SEÑOR DE LA SELVA.



...CIERTO DIA, LOS DOS COMPAÑEROS OLFATEARON EL AIRE--TARMANGANI! CON UN ABRUPTO RUGIDO, NUMA ATACO AL HOMBRE BLANCO, DELIRANTE, DESACATANDO LA ORDEN DE TARZAN DE DETENERSE. LA COLERA DE NUMA TENIA POR MOTIVO EL RECONOCIMIENTO. AQUEL HOMBRE ERA EL QUE LO HABIA HERIDO.

1062

Casa Soler

SOLER HNOS. S.A.

NUESTRA OFERTA SEMANAL

PERMITE EFECTUARLA A PRECIOS TAN REDUCIDOS, PORQUE SU VENTA SE REALIZA AL CONTADO.



SECCION SEÑORAS

BONITO CAMISON en jersey de seda, colores blanco, salmón y cielo. Talles 46 al 52 de $ 5.40, c/u a $ **4.00**

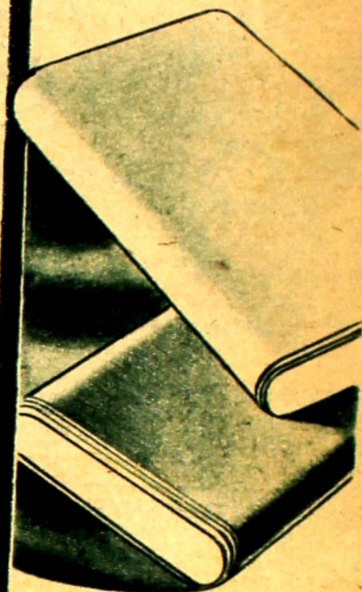
SECCION FANTASIAS

BONITO PAÑUELO en seda, estampado variedad de modernos diseños y colores firmes, c/u a **2.20**



SECCION TEJIDOS

GRANO DE ORO La tela ideal para medio tiempo, en gran calidad y colores de actualidad, ancho 90 cmts. el metro a $ **1.80**

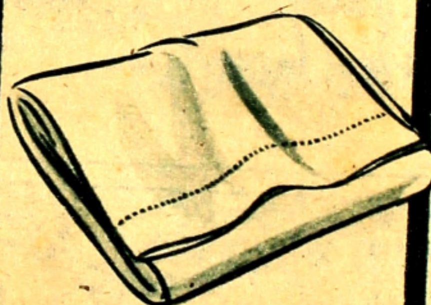


SECCION NIÑOS



Una oferta muy conveniente. ZOQUETES tipo morley en algodón mercerizado color beige. Talles 6 y 7 de $ 1.20, el par a $ **0.60**

(Aumenta $ 0.10 cada 2 talles)

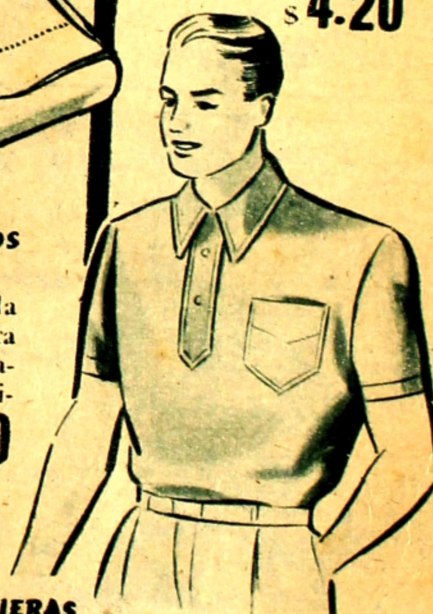


SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

SABANAS de tela cruda japonesa, marca "Kanebo", para 2 plazas, calidad extraordinaria, c/u a $ **6.00**

SECCION HOMBRES

CAMISA manga corta de algodón mercerizado, colores lisos muy durables. Talles 36 al 44 de $ 5.60, c/u a $ **4.20**



SECCION TEJIDOS

En Panas lisas y rayadas tipo Corduroy y Crosscut, hemos recibido las últimas novedades a precios excepcionales.-Véalas.

SECCION HOMBRES

Interesante surtido de Pullovers con y sin manga, Cardigans, Sacos con y sin cuello, Chalecos, Camperas en punto de lana a precios de excepción.-Visítenos.

VISITE NUESTRAS VIDRIERAS

EN NUESTRAS TRES CASAS

Av. AGRACIADA 2302

Av. Gal. FLORES 2341 — Av. 18 DE JULIO 1601

CLIENTES DEL INTERIOR, efectúen sus pedidos contra Reembolso a CASA MATRIZ Av. Agraciada 2302